

LAS NUEVAS AVENTURAS DE HANSHICHI

Okamoto Kidō

**Traducción del japonés:
Juan Luis Perelló Enrich**


QUATERNI

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española para todo el mundo

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Juan Luis Perelló Enrich

Las nuevas aventuras de Hanshichi. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-1-3

EAN: 9788494285813

BIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José Luis Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-30225-2014

Impreso en España

19 18 17 16 15 14 (11)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

LA RESIDENCIA DE MUKŌJIMA

mukōjima ryō

I



Durante el verano del segundo año de la era Keio (1866), el clima fue irregular. En abril, mes en el que solíamos quitar el relleno a la ropa, todavía temblábamos de frío, a pesar de llevar varias prendas acolchadas. E, incluso con la llegada de junio, todavía tendía a hacer frío y a caer lo que quedaba de las lluvias de verano. Así, los días se sucedían con una fina llovizna que caía como humo. Al parecer, por consecuencia de todo esto, Hanshichi había pescado un resfriado. Heibei, el dueño de la farmacia del barrio, llegó de visita mientras el detective se encontraba apesadumbrado, sentado frente al brasero alargado y sosteniendo el peso de su sien.

—Buenos días. Parece que el tiempo sigue dando guerra.

—Qué problema, ¿verdad? Con lo inestable que está el clima, debe haber enfermos por todas partes, así que imagino que estará muy ocupado en su farmacia —dijo Hanshichi.

—No sé si puedo decir que el negocio prospere —comentó Heibei mientras meneaba una rodilla y extraía una cigarrera de la cintura—. En realidad, jefe, hay un asunto sobre el que me gustaría que me aconsejara, por eso he venido a consultarlo... No, no se trata de mí, sino de Otoku, una criada que trabaja en mi casa...

—Ah, ¿de qué se trata? ¿Por qué no me lo cuenta?

—Como sabrá, Otoku nació en las afueras de Namamugi y lleva a nuestro servicio cinco años, desde que tenía diecisiete. Es sumamente honesta, así que también es la preferida de la casa.

—He oído hablar de ella... —asintió Hanshichi—. Hasta mi mujer se puso celosa cuando dije que me gustaría tener en casa a una sirvienta así. Pero, bueno, ¿le ha pasado algo a Otoku?

—En realidad no ha sido a ella exactamente, sino a su hermana... Esto es lo que pasó: Otoku tiene una hermana, llamada Otsū, que acaba de cumplir los diecisiete y que se fue a buscar trabajo en Año Nuevo a una agencia de Sotokanda llamada Sagamiya. Cuando llegó a Edo, lo primero que hizo fue venir a mi casa, pues es donde estaba su hermana, y esta la llevó hasta la tal Sagamiya, donde le dijeron que encajaba perfectamente en el perfil que estaban buscando para un puesto de trabajo. Las condiciones eran que no podía ser una persona de Edo, sino que tenía que ser alguien cuyos padres vivieran a unos cinco o siete *ri* de distancia de la capital, y que tenía que ser joven, honesta y discreta. Luego había otras cosas como que la duración del trabajo se distribuía en turnos de un año y que no servía alguien que trabajase a la ligera. En todo caso, era imprescindible comprometerse a un plazo largo, superior a tres años. A cambio, ellos le proporcionarían

la vestimenta según la estación y un sueldo anual de tres *ryō*.

—Humm... —musitó Hanshichi y frunció el entrecejo.

En aquellos tiempos, tres *ryō* eran una suma exorbitante para una criada. Con ese salario se podía contratar a un espléndido samurái en la mansión de un *hatamoto*. Mientras Hanshichi pensaba que debía de haber alguna razón para ofrecer dicha suma a una joven sirvienta salida de la nada, Heibei prosiguió:

—Dado que Otoku está acostumbrada a Edo, naturalmente sospechó de las bondades del asunto y tuvo sus dudas al respecto. No obstante, su hermanita, debido a su juventud y a la ambición actual de la gente del campo, deslumbrada por la promesa de los tres *ryō* y sin pensar en nada más, rogó a Otoku que se lo permitiera. Esta, finalmente, terminó por ceder y decidió permitirle aceptar el puesto, que se sitúa en un lugar solitario, en el interior de Mukōjima. Cuando Otoku regresó a casa, nos contó la historia y nos pareció un poco extraño, pero pensamos que no les quedaba más opción que pagar tanto, pues se trataba de una zona solitaria que las sirvientas jóvenes no toleraban. Por eso, Otsū estuvo primero en un período de prueba. No obstante, cuando Otoku no tuvo ninguna noticia al respecto tras pasar un tiempo, fue a la Sagamiya a averiguar qué pasaba. Resultó que la prueba había concluido sin novedad y los patrones estaban tan encantados que habían firmado un contrato de inmediato por más de tres años. Le hicieron entrega de una carta de su hermana. Efectivamente, se trataba de su letra y le decía que se quedara tranquila, que había terminado la prueba e iba a quedarse allí. El lugar de trabajo se trataba de la residencia de una familia adinerada: una amplia casa ocupada

solo por el viejo encargado cincuentón y su señora. Era un lugar algo solitario, pero no tanto comparado con el campo. Aparentemente, la carta decía que estaba muy contenta porque el trabajo era muy liviano: le bastaba con atender a sus señores una vez al mes cuando aparecían por la propiedad. Aquello tranquilizó a Otoku y volvió a casa.

—¿En aquel momento no vio a su hermana?

—Así es. No la vio en persona, pero, como sin duda se trataba de su puño y letra, Otoku regresó tranquila. Aquello pasó a finales de las vacaciones de Año Nuevo. No hubo noticia alguna de ella en casi medio año, hasta anteayer, cuando un desconocido que decía venir de Mukōjima visitó a Otoku y le entregó una carta de su hermanita. La abrió enseguida y, en ella, Otsū decía que era incapaz de soportar aquella casa y que, si lo hacía, quizás su vida correría peligro. No podía entrar en detalles por escrito, por lo que la apremiaba para que la visitara. Esto causó que Otoku, tan apegada como estaba a su hermana, casi enloqueciera e intentara partir corriendo al instante. Por supuesto, al ver que también se trataba de su letra, sabíamos que no era mentira. Sin embargo, aunque nos pusimos nerviosos con toda la situación, la detuve porque era tarde y ya se estaba poniendo el sol. Así que, ayer a primera hora, la dejé partir acompañada de Kamekichi, el aprendiz de la tienda.

—Muy acertado —sonrió Hanshichi—. En estos casos, sería muy preocupante dejarla ir sola, ¿verdad?

—Efectivamente. Después, creo que alrededor de la hora octava (2:00 PM), ambos regresaron exhaustos. Dijeron que les había costado trabajo dar con la casa en Mukōjima y que, para colmo, el viejo encargado se había puesto muy serio y había dicho que ahí no había tal persona... Bueno,

después de discutirlo bastante, finalmente les permitió verla. Cuando Otsū reconoció a su hermana mayor estalló en llanto y le dijo que no podía servir un solo día más en esa temible casa y que renunciaría para que se la llevara consigo. Considerando que tal cosa no se puede hacer así como así, la tranquilizaron para conocer la situación y entendieron que, efectivamente, se trataba de una casa extraña y que nadie, no solo Otsū, estaría preparado para ella.

—¿Acaso salen fantasmas o algo? —sonrió Hanshichi—. ¿O hay una muchacha que se bebe el aceite de las lámparas?

—Bueno, se trata de algo parecido —dijo Heibei arrugando la frente—. La residencia se encuentra en el interior de la aldea de Terashima, un lugar solitario donde, incluso a pleno día, podría aparecer un zorro o una nutria. En los alrededores, no hay más casas. Al parecer, durante los primeros seis meses, Otsū no tenía gran cosa que hacer, hasta que la pareja de encargados le ordenó llevar comida tres veces diarias a un depósito.

—A un depósito...

—Un depósito, cuyo interior, dicen, estaba consagrado a una gran serpiente... a la que ofrendan tres comidas al día. Eso fue lo que encargaron a Otsū, puesto que decían que debía ser una doncella que no hubiera conocido hombre. No se trata precisamente de una labor muy agradable, pero, como ella tiene un carácter campesino, no le dan miedo ni las serpientes ni las ranas, a diferencia de lo que nosotros podríamos creer. Además, le dijeron que la serpiente no hacía daño alguno a la gente porque estaba divinizada, así que comenzó sin temor a cumplir con dicha función. El depósito estaba completamente a oscuras, incluso a pleno

día, y no sabía qué residía en su interior. Le habían dicho que, una vez que quitara el candado y colocara la bandeja de comida, saliera de inmediato sin volver la vista, algo que al principio cumplía íntegramente. Transcurrida cerca de una hora después de cada comida, los utensilios de la bandeja quedaban vacíos. Y, bueno, durante un tiempo, dijo que no sucedió nada especial, hasta el vigésimo día de abril. Al llevar la bandeja del mediodía un poco más tarde que de costumbre, quitó apurada el candado del depósito, lo que probablemente hizo que el ruido retumbara hacia el interior. La escalera del piso superior del depósito comenzó a crujir como si algo estuviera bajando.

—Entiendo —dijo Hanshichi, prestando atención mientras fumaba.

—Otsū pensó que seguramente sería la gran serpiente. Intentó darse la vuelta precipitadamente dejando la bandeja tal cual, pero, con la curiosidad de ver algo espantoso, se ocultó en la sombra de la puerta para poder ver lo que bajaba de la escalera...

»Hacía buen tiempo y era pleno día, por lo que el interior del depósito se veía en penumbra. Los crujidos indicaron que lo que bajaba de la escalera era una mujer joven que se dirigía a recoger la bandeja en silencio, pero que, en ese momento, pareció notar enseguida que la estaban espionando y habló con una voz fina. Espantada, Otsū se quedó en silencio, mientras la mujer la llamaba levantando una espectral mano delgada. Incapaz de soportarlo, Otsū cerró apurada el depósito y escapó a toda velocidad. Las serpientes no hablan. Sin duda, se trataba de un fantasma, lo que le puso la piel de gallina y le quitó las ganas de volver al depósito. No obstante, ese era su cometido, así que no le quedaba alternativa. Después de

aquello, llevaba espantada la bandeja tres veces al día. Aunque, pensándolo bien, se supone que los fantasmas tampoco se alimentan.

»Un día de buen tiempo, animada por la curiosidad de ver algo horripilante, volvió a echar un vistazo. Desde un rincón en penumbra, una enorme serpiente, de quizás unos tres metros y de color verde claro, se acercaba con sus ojos brillantes. Con Otsū paralizada de miedo, la escalera del piso superior crujió como la otra vez, como si algo estuviera bajando. Al fijarse mejor, vio que se trataba de la mujer espectral. Nuevamente, Otsū no lo soportó y terminó escapando.

—Esta historia de fantasmas es bastante intrincada, ¿no?

—De todas formas, Otsū siguió aguantando, hasta que, hace poco, la pareja de encargados se enteró de que, en ocasiones, había estado espionando en el depósito, por lo que la regañaron duramente y la amenazaron con amarrarla y meterla dentro a ella también... Eso la asustó aún más y la hizo pensar en escapar, pero, dado que la pareja la vigilaba estrictamente, no podía poner un pie afuera. Aun así, halló la oportunidad de escribir un corto mensaje y le pidió a una persona que pasaba por allí que se lo hiciera llegar a su hermana. Al enterarse de la historia, Otoku también se asustó. No obstante, regresó a casa haciendo caso de mi consejo de que hiciera lo posible por soportar un poco más, puesto que había que pensar las cosas antes de actuar. Como ya mencioné antes, se trata de una mujer muy apegada a su hermana, por lo que la preocupación de no saber qué hacer le quitaba hasta los colores de la cara. Por supuesto, lo razonable sería conseguir un permiso de renuncia a través de la agencia intermediaria, pero,

al tratarse de un contrato de tres años, seguramente no resultaría muy fácil. No podemos dejarla así, pero no se nos ocurre ninguna buena idea, así que he venido a importunarlo con esta consulta. ¿Entonces, qué le parece?

Hanshichi pensaba con los ojos levemente cerrados, hasta que asintió, tranquilo.

—Bien. Trataremos de hacer algo. Aunque podría interceder con la agencia, incumplir el contrato no sería la manera más elegante de proceder, por lo que lo mejor será que intentemos buscar otro arreglo. No se trata solo de la joven Otsū, también hay cosas que me gustaría averiguar sobre el asunto que la rodea, así que déjelo en mis manos. La agencia intermediaria era Sagamiya, ¿verdad?

—Sí, la Sagamiya de Sotokanda.

—Dígale a Otoku que no se preocupe, que en dos o tres días conseguiremos algo.

—Se lo ruego —pidió Heibei encarecidamente y se marchó.

II

Después de almorzar, Hanshichi salió de la casa del barrio de Mikawachō y visitó la agencia Sagamiya en Sotokanda. En vista de que allí conocían su trabajo, le mostraron sin más el registro de sirvientes. Así se enteró de que el puesto en el que Otsū había estado a prueba durante el Año Nuevo era la residencia de Terashima en Mukōjima, cuyo dueño era Mishima, un mayorista de arroz de Reiganjima.

Por aquel entonces, en Edo, ocurrían con frecuencia levantamientos violentos a causa del alza en los precios de varios productos. De hecho, en mayo, también asolaron Shitaya y **Kanda**, por lo que los ricos del centro de Edo donaron provisiones de arroz en ayuda. Hanshichi aún tenía el recuerdo fresco de que, en aquella ocasión, el tal Mishima había sorprendido a la opinión pública al donar dos mil sacos del cereal, diciendo que era parte de la naturaleza de su negocio. La residencia de Mishima se encontraba en el interior de Mukōjima así que, si en ella se escondía una especie de secreto, con mayor razón no podía dejar correr el asunto. Hanshichi regresó a su casa y llamó por su sobrenombre a Matsukichi, su ayudante.

—Oye, Matsu, *el flacucho*. Hazme el favor de ir a Reiganjima y averiguar la situación de los Mishima. Investiga si en esa casa hay alguna niña en edad casadera.

—Si se refiere a la niña de la casa, yo la conozco. Se llama Okiwa y es una beldad reputada en el barrio. Debe de tener unos diecinueve o veinte años.

—¿Y qué pasa con ella? ¿Está en la casa?

—Hará ya quizás unos tres años que se fugó con un joven y aún se desconoce su paradero —dijo Matsukichi.

—Y su compañero de fuga, ¿cómo se llama?

—Eso no lo sé.

—Averíguamelo. Y no solo eso: también las circunstancias en que se hallan los Mishima y si Okiwa tiene hermanos o hermanas. Investígalo bien. ¿Entendido?

—Entendido.

Matsukichi salió de inmediato. Como sentía la cabeza pesada, Hanshichi se dio un baño caliente y se tomó un medicamento para el resfriado. Antes de que se pusiera el sol, se tapó con un cobertor para inducir la transpiración.

En ese momento, Matsukichi regresó. Era cerca de la quinta hora de la noche (8:00 PM).

—Jefe, he averiguado lo principal. El tipo con el que se fugó se llama Yoshijirō, con residencia en Imado, **Asakusa**. Tiene veintidós años y una cara de rasgos poco marcados. Aparentemente, era el preferido de la viuda.

—¿Y adónde se fueron? ¿No se sabe nada de nada?

—Parece que no. Es obvio que no están en la casa de **Asakusa**, pero no se sabe adónde habrán ido.

—¿Okiwa tiene hermanos o hermanas?

—No, dicen que es hija única.

—Ya veo.

Puesto que sus suposiciones no eran correctas, Hanshichi, confuso, ladeó la cabeza sobre el suelo. No obstante, después de repasar los datos que Matsukichi había averiguado de la familia Mishima, Hanshichi pareció recordar algo. Asintió con una sonrisa burlona.

—Bien, con eso me queda más o menos claro.

—¿Sí? ¿Le basta solo con eso?

—Suficiente, yo me encargo del resto.

A la mañana siguiente, al levantarse temprano, sentía la cabeza más despejada, quizás por haber sudado durante la noche. Aunque el cielo permanecía encapotado, ese día la lluvia había cesado. Hanshichi interrumpió su desayuno y se dirigió enseguida a la farmacia del barrio. Mandó llamar a Otoku, la criada, a quien preguntó detalladamente acerca de la edad y la fisonomía del hombre que le había traído la carta de su hermana. Después, partió sobre la marcha en busca de cierta casa en los callejones de Imado. Se adentró entre los callejones, desagradablemente húmedos por las prolongadas lluvias de la estación, preguntando por la casa de Yoshijirō. Era una casa de dos ambientes, de dos y seis

tatamis respectivamente, donde encontró a una mujer de unos cincuenta años y a una joven de quince que parecían trabajar a destajo. El interior de la casa estaba muy limpio para ser una tienda de callejón, lo que llamó la atención de Hanshichi.

—Uhm... Yendo directos al asunto, ¿podría decirme dónde se encuentra Yoshijirō?

—¿Cómo? —La mujer, que parecía ser la madre, dejó de coser y levantó la mirada para dirigirse a él—: ¿De dónde viene usted?

—Vengo de Reiganjima —respondió Hanshichi de inmediato.

—Conque de Reiganjima... —La mujer miraba fijamente a Hanshichi, hasta que finalmente se puso de pie y se acercó a la entrada—. O sea, que viene del negocio de los Mishima.

—Efectivamente.

No había terminado de responder cuando la mujer bajó un pie del dintel y lo agarró de golpe por la manga.

—Soy yo la que quiere preguntar dónde está mi hijo. ¿Dónde está Yoshijirō?

Un poco desconcertado por el contraataque, Hanshichi se mostró exageradamente sorprendido.

—Qué cosas dice, señora... ¿Quién podría saber dónde está sino usted?

—No, no le permitiré decir algo así. Yo sé bien que en la tienda escondieron a Yoshijirō en alguna parte. Mira que decir que se fugó con esa niña... ¡Es mentira! Sin duda es mentira. Yoshijirō no es un inmoral que vaya a tentar a la hija del dueño a cometer indecencias. Oyama, la joven aquí presente, no es realmente su hermana. Se supone que dentro de uno o dos años debían casarse. Yoshijirō no cometería

algo tan indigno teniendo ya a alguien esperándolo. En primer lugar, Yoshijirō es un buen hijo y no dejaría tirada a su madre para esconderse. Son ustedes quienes lo esconden. Así que dígame dónde está.

Hanshichi se sintió cada vez más sobrepasado por la actitud amenazante con que lo acusaban.

—A ver, espere. Ya veo, quizás eso sea así, pero yo no estoy al tanto de nada. Honestamente, solo vine por órdenes del encargado del negocio. ¿Quiere decir que Yoshijirō no se encuentra aquí en absoluto?

—Que no... —dijo la mujer con voz llorosa—. Mire que esconderlo en alguna parte y salir a buscarlo haciéndose el tonto... ¿Acaso creen que una es estúpida? Pues no, y tengo pruebas que lo demuestran. Espéreme aquí, voy a por ellas.

La mujer sacó una carta del cajón del altar budista que había al fondo, la puso frente a los ojos de Hanshichi y la abrió enseguida. Decía: «Por ciertas circunstancias, me he visto obligado a esconderme durante tres años. Seguro que regresaré después de ese tiempo, así que no te preocupes. Quizás digan que me fugué con una moza, pero eso tiene una explicación, así que, por favor, comunícaselo bien a Oyama». La carta decía que lo hacía por su patrona y por su madre, que no pensarán mal de él.

—Me la hizo llegar con una persona, acompañada de treinta *ryō* —dijo llorando la mujer—. Esta evidencia es cierta. ¿No dice acaso que lo hace por su señora? También dice que lo hace por su madre, así que sin duda se comprometió a esconderse por tres años para recibir cincuenta o cien *ryō*. Como es un hijo muy agradecido, quizás pretendía aliviar mi situación, aceptando y recibiendo la recompensa. Pero para qué voy a querer yo ese dinero. En lugar de eso,

prefiero ver cuanto antes la cara de mi hijo, sano y salvo. Gasté algo de los treinta *ryō*, sin embargo, devolveré el resto, así que, por favor, traiga de vuelta a mi hijo. Se lo pido por favor —rogó nuevamente, llorando, mientras temblaba al tomar a Hanshichi por la manga. Oyama, la niña, a su vez, también comenzó a llorar en voz alta.

Ante aquella patética escena imprevista, Hanshichi no pudo mantener más su máscara.

—Señora. En ese caso, le diré todo sinceramente. No vengo de Reiganjima. Soy un inspector de nombre Hanshichi. En realidad, vine con la intención de averiguar algo y lo he entendido todo a partir de sus palabras. Ya no tiene de qué preocuparse. Con toda seguridad le traeré a Yoshijirō, así que puede esperar tranquila durante unos dos o tres días.

Al escuchar al inspector, la mujer se enjugó las lágrimas de golpe y le encargó que hiciera todo lo posible por encontrar el paradero de su hijo.

III

Además de Otsū y Yoshijirō, Hanshichi también debía rastrear el paradero de la muchacha llamada Okiwa. Sin duda, Okiwa había sido confinada a la residencia de Mukōjima, donde vivía en el piso superior del depósito. Se trataba de la fantasmagórica mujer que Otsū decía haber visto. No obstante, aunque tenía la certeza de que era así, no podía llegar de repente y abrir de golpe la puerta del depósito, por lo que antes tenía que encontrar pruebas que demostraran que estaba en lo cierto. Al salir de las callejuelas de Imado y dirigirse con premura hacia Mukōjima, el cielo se oscureció aún más y comenzó a caer una lluvia

tan fina que parecía niebla. En el camino compró un paraguas de papel y cruzó desde el embarcadero de Takeya. Al llegar a la orilla, la lluvia se había intensificado, lo que hizo que el malecón estuviera aún más oscuro, bajo los cerezos reverdecientes.

Como ya era casi mediodía, entró a un puesto de comidas del malecón. Mientras comía verduras cocidas y sopa de almejas, a su lado, un poco más allá y tras un viejo biombo de paja, un par de clientes se sentaron el uno frente al otro. Al principio, ambos permanecían callados, bebiendo a sorbitos, hasta que el hombre que parecía mayor soltó un tanto entonado:

—Eh, oye. Si no haces algo con esa muchacha, tendremos problemas. En todo caso, no es más que una burda campesina. Entiendo que no te guste, pero cierra los ojos y resígnate. Si se nos escapa, estaremos jodidos.

El joven se mantenía en silencio.

—No podemos retenerla porque sí. Así que por eso te pido que, considerando el galán que eres, te aguantes y seas su pareja. O sea, como dirían por ahí: las cadenas del amor y la misericordia. Tampoco se trata de que la hagas tu esposa para toda la vida. Solo que aguantes un poco.

—No quiero cometer ese crimen —dijo entre suspiros el joven.

—Ahora te las das de santo —se burló el hombre mayor—. ¿Acaso no fuiste tú quien se fugó con la doncella? Por mucho que digas eso ahora, no engañas a nadie. Eres una rata.

—Me arrepiento mucho de lo que hice. Cuando acepté, lo hice porque la señora me convenció y no tuve más remedio. Siempre he contado con su favor, pero ahora me arrepiento completamente de haber hecho algo así. Hacer

sufrir a los padres, y que por ello la gente te señale por la espalda, es lo peor que puedes hacer en la vida. Digan lo que digan, no quiero ser más partícipe en esta historia. Si esa criada Otsū tanto desea regresar, ¿no sería mejor dejarla ir?

—Si fuera tan fácil, ya lo habríamos hecho —bajó bruscamente la voz el hombre mayor—. Pero la chica también tiene boca. Si la dejamos marchar sin más, no sabemos qué podría ir contando. Sea como sea, no nos queda otra que pedirte que la detengas, seduciéndola en tu calidad de galán. ¿Qué te parece, Yoshi? ¿Aun así no quieres? Ya aceptaste una vez, así que estás metido en esto hasta el fondo. Vamos, no seas tonto y acepta. Yo lo arreglo con la señora. Ella no es tonta, sabe que tendremos que subir el precio.

—No, lo siento, me da igual lo que digas. Pídeselo a otro...

—Si pudiera pedirselo a otro, no estaría aquí gastando saliva. Aunque ahora me vea como un honesto encargado, me llamo Rokuzō y tengo un horrible tatuaje en el brazo izquierdo¹. Créeme cuando te digo que no te queda otra opción. Ahora que lo sabes, ¿qué respondes, Yoshi? —Aparentemente envalentonado por el alcohol, su voz se hizo cada vez más alta.

Tras escuchar hasta la explicación del tatuaje, Hanshichi halló oportuno hablarles desde su lado del biombo.

—Oigan, qué joviales que están, ¿no?

1 Si bien la postura japonesa ante los tatuajes ha variado a lo largo de la historia, su relación con los bajos fondos y la delincuencia parece constante. Por eso, aquí Rokuzō lo utiliza como una amenaza velada.

—Perdón, sentimos mucho todo este alboroto —respondió el hombre llamado Rokuzō—. Estaba regañando un poco a este joven por llevar una vida disipada.

—Lo entiendo muy bien —dijo Hanshichi riendo—. Lo malo es que últimamente el mundo está del revés y muchas veces lo que dicen los mayores está equivocado. En este caso, parece que lo que dice el joven es lo más razonable. ¿Verdad que sí, Yoshijirō?

Al escuchar el nombre, ambos parecieron sobresaltarse. Hanshichi prosiguió:

—Señor-que-dice-tener-un-desagradable-tatua-je-en-el-brazo-izquierdo, no le conviene embaucar a alguien tan joven y pedirle algo inaceptable. Sea como sea, un culpable saldrá de Reiganjima. No debería permitir que tuviera más cómplices.

—¿Pe, pero qué? —se volvió Rokuzō—. ¿Quién eres tú?

Hanshichi también se volvió, apartando el biombo a empujones.

—Bah, eso no importa. Iba a partir ahora hacia la residencia que se encuentra a tu cargo. Muéstrame el camino.

A Rokuzō no le gustó la forma en que Hanshichi se dirigió a él e intentó al instante meterse la mano en el bolsillo. Hanshichi se le adelantó y le agarró el brazo, inmovilizándole las manos que sostenían una daga. Después se dirigió hacia el palidecido y paralizado Yoshijirō y, tras ponerse de pie tranquilamente, dijo:

—Ten la bondad de portarte bien y de venir conmigo.

Con Rokuzō atado, Hanshichi tiraba de él bajo la lluvia, mientras se dirigían a la residencia de Mishima. Yoshijirō los seguía detrás, ausente. Cuando llegaron, dio una orden a Otsū —que por la sorpresa tardó en reaccionar—, para que abriera la entrada del depósito. Del piso superior, salió una

hermosa joven que parecía un espíritu. Se trataba de Okiwa, la única hija de Mishima.

Al día siguiente, Oito, su madre, y Yoshibei, el gerente de la tienda mayorista de arroz de Mishima en Reiganjima, fueron citados a la oficina del magistrado y sentenciados de inmediato a prisión.

El señor Mishima había fallecido hacía cuatro años y Oito, quien no era capaz de permanecer como viuda, empezó a mantener relaciones con Yoshibei. Okiwa, su única hija, tenía ya diecinueve años y estaba en edad para casarse, bien por decencia familiar, o bien por el qué dirán. Gracias a que era particularmente bella, las propuestas le llegaban de todas partes. No obstante, eso a Yoshibei no le hacía ninguna gracia, pues él pretendía casar a su sobrino con ella, para así convertirlo en heredero adoptivo de la tienda, y tener acceso al dinero en calidad de tutor del muchacho, que todavía no era más que un quinceañero con flequillo. Además, Okiwa era una chica muy inteligente que, al parecer, estaba al tanto de la relación que tenía con su madre, por lo que de una u otra manera constituía un obstáculo para él. Finalmente, instigando a Oito, planeó la expulsión de Okiwa. Como no podía limitarse a llegar y echar sin motivo a la hija de la casa, ideó un plan audaz para que eso ocurriera.

La cuarentona Oito, abandonada a sus pasiones, olvidó su amor de madre y consintió el plan de Yoshibei, el cual consistía en llevar a Okiwa hacia Mukōjima y encerrarla en el fondo del antiguo depósito. Para ello, el verano pasado, Yoshibei ordenó a Rokuzō, el encargado, que se ocupara del asunto y la engañase para ir allí. Sin embargo, la desaparición repentina de la joven daría de qué hablar, y los parientes y vecinos sospecharían de su ausencia, así que, para solucionarlo, esparció el rumor de que Okiwa se había

fugado con un joven del negocio. El elegido para tal fin fue el tal Yoshijirō. Oito y Yoshibeï ya le habían echado el ojo, ya que era joven, apuesto y contaba con todas las condiciones para que el rumor de que era el amante de Okiwa fuera verosímil. Este, persuadido por Oito, se vio obligado a acceder formar parte del engaño. Solo tenía que cargar con el rumor de que mantenía una relación con la chica y esconderse durante algún tiempo para cobrar su parte dentro de tres años. Aunque no pudiese regresar a la tienda, Yoshijirō terminó por aceptar con renuencia, con la condición de mejorar su situación y recibir un considerable capital de doscientos o trescientos *ryō*.

Por aquel entonces, el sirviente no podía rechazar a voluntad las órdenes de su señor. Así, convencido con que, a la larga, si cumplía, podría ser un buen hijo, Yoshijirō desapareció de la tienda de Reiganjima al tiempo que Okiwa era encerrada. Como no podía ocultarse en casa de su madre, ya que se descubriría el engaño, lo hizo en casa de unos conocidos en Ayase, donde sin quererlo se convirtió en un marginado.

Aunque a Okiwa la habían encerrado en el depósito, no podían matarla de hambre, por lo que los encargados le llevaban las tres comidas reglamentarias. No obstante, ni al cruel Rokuzō ni a su esposa les gustaba tener que hacerlo, pues les resultaba una molestia, así que contrataron a una sirvienta joven para que hiciera esas tareas. Aun así, existía el riesgo de que se desvelara el secreto por alguna imprudencia de la nueva sirvienta, por lo que optaron por contratar a una mujer distraída que no estuviera acostumbrada a Edo: Otsū. Sin embargo, a medida que trabajaba, Otsū resultó ser más despierta de lo que parecía. Rokuzō se percató de que la joven intuía que había algo oculto en

el depósito, lo cual lo alteró bastante. Aun así, no podía despedirla sin más, pues corría el riesgo de confirmar sus sospechas y complicar todavía más el asunto. Por eso, se le ocurrió la solución de llamar a Yoshijirō para que, con sus encantos, intentara seducir a la joven para poder mantenerla con la boca cerrada y bajo control. Sin embargo, por muy sumiso que fuera Yoshijirō, esta vez no aceptó acatar órdenes. Especialmente cuando no hacía más que arrepentirse de haber aceptado la vez anterior. Tanto era así que decidió ayudar a Otsū y llevar su carta a **Kanda**, hasta su hermana. Aquello resultaría ser la pista que revelara este asunto tan serio.

Rokuzō no sabía nada de todo aquello, así que lo volvió a llamar para reunirse con él en un restaurante de la zona, donde, justo cuando estaba amenazándolo, los encontró Hanshichi. El tatuado fue reducido antes de que tuviera tiempo de sacar la daga que ocultaba en su pecho. Al principio, insistió en que él no tenía nada que ver en el asunto y en que era inocente, pero la aparición de la misma Okiwa en el depósito y la confesión sincera de Yoshijirō no le dejaron más remedio que confesar y pedir perdón.

Oito murió en la cárcel durante la investigación. El crimen de Rokuzō era muy grave, algo normal para un tatuado ex convicto, así que fue condenado a muerte por colusión y por mantener prisionera a una joven inocente en un lugar peor que la cárcel. Yoshibeī, el cabecilla de todo el plan, también fue castigado con dureza por su grave crimen. Se le acusó, además, de mantener relaciones indebidas con Oito, pues por muy viuda que fuera, le debía respeto a su señor, y de pretender apropiarse de la fortuna de la heredera encerrándola. Por todo ello, fue expuesto al escarnio público por las calles de Edo y después fue

decapitado. Yoshijirō también debía sufrir una pena considerable, pero, en vista de que se había visto involucrado por órdenes de su señora, y de que todo lo había hecho por su madre, suscitó una especial compasión y solo lo amonestaron.

La residencia de Mukōjima fue demolida. Este acto no lo ordenó la autoridad, sino que los propios parientes lo llevaron a cabo para borrar el recuerdo de que aquel lugar se había utilizado para cometer este incidente. El depósito que albergaba el secreto obviamente también fue destruido, pero la serpiente gigante que Otsū había visto nunca apareció. Ni siquiera Okiwa la había visto. Siempre quedaría la duda de si la serpiente había sentido el siniestro y se había marchado a otra parte, o si se trataba de una alucinación ante los asustados ojos de Otsū.

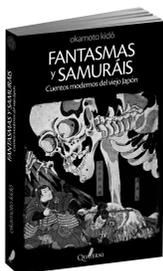
DEL MISMO AUTOR

Hanshichi. Un detective en el Japón de los samuráis



Las historias del detective Hanshichi, personaje inspirado en Sherlock Holmes, se desarrollan entre 1840 y 1860, una época en la que tradición y superstición van de la mano y son el verdadero enemigo del racional y poco ortodoxo Hanshichi...

Fantasmas y Samuráis. Cuentos modernos del viejo Japón



En una noche nevada de marzo, en un lugar llamado Seaidô, un grupo de personas se reúne para contar kaidanes o cuentos de fantasmas, los más extraños e inexplicables que conocen. El excéntrico dueño del lugar y una rana de tres patas son los anfitriones...